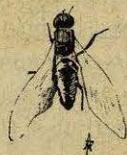


bían cambiado dos palabras entre si desde su primer encuentro en la selva. El honrado siervo, que era inteligente en fisonomías, había sentido por Gilberto desde el primer momento un afecto respetuoso. Sus simpatías fueron todavía más vivas, como se deja comprender, desde que Gilberto intercediera en su favor, y á sus simpatías se mezclaba la admiración, sabiendo como nadie cuánto valor era necesario para hacer frente á su terrible amo, cuando la cólera le dominaba. Á consecuencia de lo que acabamos de decir, odiaba de muerte á Fritz, el ayuda de cámara, por las descortesés conversaciones que tenía con los demás criados tocante al joven secretario. Ese Fritz, cuya estatura no bajaría de seis piés, era un payaso de antecámara, que se creía un personaje. Á Gilberto le afectaban poco su falta de atención y su arrogancia, pero un día el perillán se emancipó de tan rara manera, que dió al traste con su paciencia. Esto sucedió á la mañana siguiente á aquella noche agitada durante la cual Gilberto había experimentado tan diversas emociones. Fritz eligió mal la ocasión. Hay momentos en que el importuno zumbido de una mosca basta para sacar de sus casillas al hombre más cachazudo y más bonachón del Universo.



X

**S**ONABAN las ocho en el reloj del castillo, cuando Gilberto saltó de la cama. ¿Osaríamos decir que mientras se vestía y cuando iba á hacer el lazo á la corbata, tuvo un momento de vacilación? Sin embargo, después de reflexionarlo, la anudó como de costumbre, advirtiendo que ese famoso lazo, tan regular, lo hacía siempre sin fijar en ello la menor atención. Cuando hubo terminado, se acercó á la ventana. El tiempo había cambiado repentinamente; una lluvia fría y menuda caía á plomo y sin

ruido. No hacia casi viento, los horizontes estaban envueltos en espesa niebla; una larga hilera de nubes bajas, en forma de gigantescos peces, se paseaba lentamente por el valle y acompañaba al Rhin en su curso; el cielo, de color gris oscuro, destilaba tedio y melancolía; la tierra, el agua, todo tenía color de cieno. Gilberto dirigió la vista á su querido precipicio: á la sazón parecía una barranca de horrible fealdad. Se dejó caer en un sillón. Sus pensamientos estaban en armonía con el tiempo y formaban un lúgubre paisaje por donde se deslizaba silenciosamente largo cortejo de sombríos aburrimientos y de siniestras aprensiones, cortejo parecido á aquellas nubes bajas que erraban por las orillas del Rhin.

—¡No, mil veces, no!—se decía;—yo no puedo permanecer mucho tiempo en esta casa; perdería en ella mis fuerzas, mi alegría y mi salud. Ser objeto del odio ciego de un desgraciado niño á quien sus pesares hacen delirar, ser comensal de un sacerdote sin dignidad y sin nobleza que devora en silencio los mayores ultrajes, convertirme en familiar, en lisonjeador de un gran señor cuyo pasado es siniestro, de un padre desnaturalizado que aborrece á su hijo, de un hombre que á ciertas horas se transforma en espectro, y que con el corazón atormentado por los remordimientos ó alterado por la sed de venganza, turba el silencio de los corredores de su castillo con salvajes rugidos..., semejante situación es insoportable; he de salir de ella á toda costa! ¡Este castillo es un lugar malsano, sus paredes me son odiosas! ¡No quiero aguardar para abandonarlo, á conocer más profundamente sus secretos. Partamos, partamos...

Y Gilberto se devanaba los sesos discurriendo un pretexto que le permitiera alejarse de Geierfels inmediatamente. Mientras se ocupaba en esto, llamaron á la puerta: era Fritz, que le llevaba el desayuno. Aquella mañana brillaba en su faz la animación del necio que ha premeditado una tontería á costa de gran trabajo y que llega el

feliz momento de darla á luz. Entró sin saludar, colocó sobre la mesa la bandeja que llevaba en las manos; luégo, dirigiéndose hacia Gilberto, que se había vuelto á sentar, le dijo, guiñando los ojos:

—¡Buenos días, camarada! ¡Camarada, buenos días!

—¿Cómo decís?...—objetó Gilberto, admirado y mirándole fijamente.

—Digo: ¡buenos días camarada!—contestó Fritz con amable sonrisa.

—¿Y con quién habláis?

—Hablo con vos, con mi camarada, y os digo: ¡Buenos días, camarada; camarada, buenos días!

Gilberto le miraba fijamente, procurando explicarse aquel extraño despropósito y aquel exceso de insolencia que le dejaba estupefacto.

—Tendréis la bondad—continuó al cabo de unos segundos—¿tendréis la bondad de decirme quién os ha dado permiso para llamarme camarada?

—Es... es...—contestó Fritz titubeando. Reflexionó un momento, y procurando recordar bien su lección para no equivocarse al recitarla.—Pshe, continuó; es muy sencillo, su excelencia el señor conde, y no concibo vuestra extrañeza.

—¿Habéis oído jamás al señor conde—repuso Gilberto, que sentía hervir la sangre en las venas—le habéis oído—repitió—llamarme en términos precisos vuestro camarada?

—¡Sin duda!—contestó soltando una carcajada.—Todos los días, cuando salgo de aquí, el señor conde me dice: ¿Cómo está *vuestro camarada Gilberto*? ¿Y por otra parte no es esto muy natural? ¿No comemos acaso en el mismo cuerpo de guardia? ¿No estamos vos y yo á sueldo de un mismo amo? Y no veis que...

No pudo continuar; Gilberto se había levantado precipitadamente de la silla, gritando:

—¡Id á decirle á vuestro amo, que no lo es mío, que yo no tengo amo!

Y abalanzándose sobre el ayuda de cámara, le agarró por el pescuezo. Gilberto era mucho más bajo que su adversario, pero tenía puños de hierro. Por el contrario, á pesar de las apariencias, el gran Fritz era desmazalado y flojo. Sumamente sorprendido por aquel inopinado ataque, no supo hacer más que abrir mucho la boca y exhalar algunos sonidos inarticulados. Gilberto le había arrastrado hasta la meseta de la escalera. Una vez allí, cuando Fritz, repuesto de su primera sorpresa, intentaba desasirse, le faltó el pié, tropezó y cayó cuan largo era, rodando hasta el primer tramo. Gilberto estuvo expuesto á verse arrastrado por Fritz en su caída, pero felizmente se asió de la barandilla. Viéndole caer, temió haberse dejado llevar demasiado por su arrebató, pero se disiparon sus escrúpulos cuando vió que se levantaba, tentándose el cuerpo, fro-tándose los riñones, volviéndose para amenazarle con el puño, y alejándose cojin-cojeando.

Gilberto entró de nuevo en su aposento y almorzó con la mayor tranquilidad.

—He aquí una aventura que viene á pedir de boca. Ahora mismo voy á presentarme duro, terco, quisquilloso y si no hago la maleta antes de la tarde, me declaro el hombre más torpe.

Recogió y colocó debajo del brazo un legajo de papeles que necesitaba para la conferencia de aquel día, salió de su habitación con la cabeza erguida y la imaginación exaltada, pero apenas hubo bajado algunos escalones, cuando su exaltación cedió el sitio á otros sentimientos. No pudo ver sin estremecerse, la meseta de la escalera donde habia permanecido como petrificado al oír el horrible suspiro del sonámbulo. Se detuvo y mirando los papeles que llevaba debajo del brazo:

—Voy á conferenciar con un espectro—se dijo—sobre la historia de Byzancio.

Luégo, prosiguiendo su marcha, llegado que hubo á la puerta del gabinete de M. Lemínof, parecióle que iba á ver

levantarse ante sus ojos la formidable aparición de la noche precedente, y que una voz sepulcral le gritaría:

—Los ojos que estaban detrás de la puerta, eran los tuyos...

Permaneció algunos segundos inmóvil, con la mano sobre el corazón. Por fin llamó, y se oyó una voz:

—Abrid, entrad...

Abrió y entró. ¡Dios mío! ¡cuan erróneas eran sus aprensiones!

M. Lemínof estaba tranquilamente sentado junto al alféizar de una ventana, y contemplaba la lluvia, jugando con su mono. En cuanto se presentó su secretario lanzó una alegre exclamación, y después de haber encerrado á Solón en un aposento contiguo, acercándose á Gilberto, le cogió entrambas manos, las estrechó cordialmente entre las suyas y le dijo con tono afectuoso:

—¡Bienvenido seáis, querido Gilberto! os aguardaba con impaciencia. He meditado mucho desde ayer sobre nuestro famoso problema de las invasiones eslavas, y estoy muy lejos de conformarme con vuestra opinión. ¡En guardia, caballero, en guardia! Voy á tiraros dos estocadas que pararáis con dificultad.

Gilberto, que habia recobrado toda su calma, se sentó y empezó la discusión. El punto en litigio era la cuestión del grado de importancia y de extensión que tomaron durante la Edad Media los establecimientos de los eslavos en el imperio bizantino. Sobre esta cuestión, debatida con bastante frecuencia en los últimos tiempos, el conde Kostia habia emitido la opinión más favorable á las ambiciosas miras de la política moscovita. Pero, no obstante, renegaba de su país, le censuraba despiadadamente, y se habia desnacionalizado hasta el punto de no hablar jamás la lengua patria y prohibir que se hablase en su casa. El caso es, que el idioma de Voltaire le era más familiar que el de Karamsine, y hacia algún tiempo que hasta pensaba en francés. Á pesar de ello y de lo que pudiera decir, habia continuado

siendo ruso de corazón: ¡cualidad que no se pierde jamás!

Dieron las doce cuando más empeñado se hallaba el debate.

—Si queréis creerme, querido Gilberto—dijo M. Lemínof—descansaremos un poco. Verdaderamente sois un hombre terrible, no hay medio de venceros. Os ruego que almorcemos en paz y como dos buenos amigos, después volveremos á batallar.

Este almuerzo se componía invariablemente de algunas tostadas con cabial y de un vasito de vino de Madera. Cada día, al dar las doce, suspendían por algunos momentos su trabajo para hacer juntos aquella ligera colación.

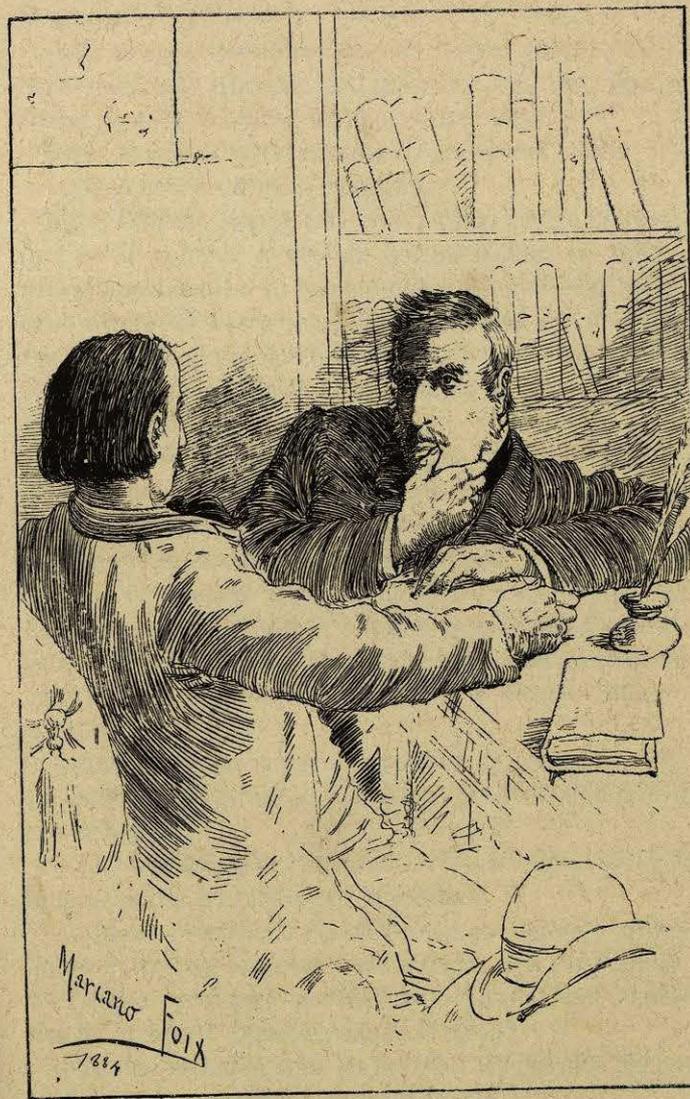
—Haceos cargo de mi presunción—dijo de pronto M. Lemínof subrayando, si así puede decirse, cada una de sus palabras — he pasado *la noche última* (y acentuó mucho estas tres palabras) debatiendo contra vos la causa de mis eslavos. Mis argumentos me parecían irrecusables, y os daba una buena paliza. Soy como esos espadachines, admirables en una sala de armas y que hacen un triste papel sobre el terreno. Tenía yo una elocuencia prodigiosa *la noche última*; no sé qué se ha hecho de ella. Por fuerza se habrá desvanecido como un fantasma al primer canto del gallo.

Al pronunciar estas palabras el conde Kostia fijaba en el rostro de Gilberto penetrantes miradas que iban á registrar hasta los últimos pliegues de su alma. Gilberto sostuvo el fuego con admirable sangre fría.

—No sé cómo discutís por la noche—contestó tranquilamente; —pero os aseguro que á la luz del día sois el argumentador más temible que conozco.

El aire tranquilo de Gilberto dispó las sospechas que abrumaban al parecer á M. Lemínof.

—Sois—dijo con jovialidad—como esos conquistadores que se consagran á enaltecer á los generales á quienes han batido. Su propia gloria reporta de ello un beneficio; pero



¡bah! nuestras armas son comunes y el primer día tomaré el desquite.

—Me atrevo á suplicaros que no tardéis mucho, caballero—contestó Gilberto con gravedad.—¿Quién sabe si pasaré yo todavía mucho tiempo en Geierfels?

Estas palabras despertaron las sospechas del conde.

—¿Qué queréis decir?—exclamó.

Aquí, Gilberto refirió con vivo y firme acento la aventura de la mañana. Á medida que adelantaba su relato, aumentaba también su acaloramiento; repitió con indignado acento las frases que Fritz había atribuido al conde y acentuó enérgicamente la contestación que le había dado:

—¡Id á decirle á vuestro amo que no lo es mío, que yo no tengo amo!

Había presumido irritar al conde; ya le veía levantar la cabeza y hablar con arrogancia. Este día estaba destinado á equivocarse en todas sus conjeturas. Desde las primeras palabras de su elocuente narración, el conde Kostia parecía aliviarse del peso de una preocupación que le inquietaba. Esperaba otra cosa y estaba muy contento de haberse equivocado. Escuchó hasta el fin con aire impasible, arrellanado en el sillón, los ojos fijos en el techo y cuando Gilberto concluyó:

—Os suplico que tengáis la bondad de contarme—dijo sin cambiar de postura— qué castigo le habéis impuesto á ese bribón.

—Le he agarrado del pescuezo—contestó Gilberto—y le he precipitado de cabeza por la escalera.

—¡Diablo!—exclamó el conde incorporándose y mirándole con aire de sorpresa y admiración, casi con ternura. Y decidme—prosiguió sonriéndose;—¿ese animal doméstico ha muerto á consecuencia de la caída?

—Tal vez se habrá roto los brazos y las piernas. No me he tomado la pena de informarme de ello.

M. Leminof se levantó y cruzando los brazos sobre el pecho:

—Cada vez me convenzo más de que es muy fácil equivocarnos en nuestros juicios, y reconozco la sensatez de aquel proverbio ruso que dice: «Se necesita más de un día para dar la vuelta á un hombre.» Anteayer teniais un aire tan sentimental, tan patético, cuando me permití administrar á mi siervo una ligera corrección, que os había tomado buenamente por un filántropo. Ahora me retracto. Querido Gilberto, vos pertenecéis á esa clase de tiranos que se enternecen y apiadan de las víctimas de los demás. ¡Pura envidia! Pero—prosiguió—hay en ello algo que me admira mucho, y es que vos, Gilberto, hayáis podido creer ni por un instante...»

Interrumpióse, inclinándose hacia Gilberto, y le contempló atentamente formando un abanico con sus dos huesosas manos, colocadas sobre sus enormes cejas; luégo, cogiéndole del brazo, le llevó al alféizar de una ventana, y como si se operara en su persona un cambio súbito que le transformase por completo:

—Habéis obrado perfectamente al precipitar á ese belitre de cabeza por la escalera, y si efectivamente no ha muerto del golpe, no tardaré en expulsarlo de mi casa sin ningún género de contemplación ni miramiento; pero que hayáis podido creer que yo, conde Leminof... ¡Oh! eso es grave, muy grave... me parece un sueño... No, vos no sois el Gilberto á quien conozco, ese Gilberto á quien amo, aunque no lo demuestro...

Y luégo, cogiéndole ambas manos, añadió:

—Ese hombre ha cometido la necedad de deciros que yo era vuestro amo, y le habéis contestado con un acento á lo Mirabeau: «Id á decirle á vuestro amo...» Querido Gilberto, en nombre de la lógica, os invito á que recordéis que lo verdadero no es jamás lo contrario de lo falso, sino una cosa distinta, y nada más; y á ello añadido que al contestar como lo habéis hecho, os habéis comprometido cruelmente. Regla general: no hay que replicar á un necio; de lo contrario, corremos el peligro de ponernos á su nivel.

Gilberto se ruborizó. No intentó sin embargo excusar á nadie y recobrando su aire placentero:

—Os suplico—dijo sonriendo—que no despidáis á ese hombre. Deseo que permanezca aquí para recordarme en cualquier ocasión que estoy expuesto á insolentarme con él.

Dió orden el conde de que se presentase su ayuda de cámara, y después de preguntarle:

—Vos no habéis hecho eso motu proprio. ¿Habéis recibido órdenes? ¿quién os las ha dado?

Fritz contestó balbuceando:

—¡Dignese perdonarme vucencia! M. Esteban, ayer tarde, me regaló dos escudos de Prusia á condición de que durante ocho días, dijera todas las mañanas á M. Savile al entrar en su aposento: «Buenos días, camarada.»

Un rayo de alegría brilló en los ojos del conde. Se volvió hacia Gilberto, y estrechándole la mano:

—Por de pronto—le dijo—agradezco cordialmente que me hayáis expuesto vuestras quejas. El caso es más grave de lo que creía. Tenemos aquí un abceso maligno que es menester operar una vez por todas.

Esta comparación quirúrgica hizo estremecer á Gilberto; maldecía su acaloramiento y su estupidez. ¿Cómo no adivinó quién pudiera ser el verdadero culpable? ¿Era acaso necesario que quedara justificado el odio que le había jurado Esteban?

—¿Y cómo, señor galopin—prosiguió el conde Kostia menos enojado—cómo os permitís tener conversaciones reservadas por la tarde con mi hijo? ¿Desde cuándo habéis entrado á su servicio? ¿Ignoráis que no tenéis que recibir de él órdenes, ni mensajes, ni comunicaciones de ninguna especie?

Fritz, que bendecía con toda su alma la admirable invención de los pararrayos, explicó como mejor pudo, que la vispera por la tarde, al subir al aposento de su Excelencia, había encontrado en la escalera á Iván, que bajaba al sa-

lón en busca de la gorra olvidada por su joven amo. Por lo visto se había olvidado de cerrar el postigo, porque Fritz, al salir, encontró en la galería á Esteban, que acercándose á él, callandito, le había dado con tono misterioso aquel encargo, y cuando Iván volvía á subir sin la gorra:

—«¿No ves, imbécil, que la llevo puesta?»—había dicho el joven sacándola del bolsillo, calandósela con arrogancia y volviéndose satisfecho á su habitación.

Al terminar su relato, disponíase Fritz á deshacerse en protestas de arrepentimiento servil y lacrimoso; el conde le salió al encuentro, declarándole que por intercesión de Gilberto, consentía en perdonarle, pero que á la primera queja que tuviera de él, no le concedería más que dos horas de tiempo para hacer la maleta. En cuanto salió, M. Leminof tiró de otro cordón de campanilla que daba al alojamiento de Iván. Compareció éste.

—«Sabes, hijo mío—le dijo el conde en alemán—que eres muy descuidado de algún tiempo á esta parte? Tu espíritu decae, tu vista se enturbia. Te vuelves viejo, pobre amigo mío. Ya no eres más que un desdichado sabueso envejecido, sin dientes y sin olfato, y que no sabe rastrear la caza ni atraparla. Hay que introducir alguna reforma. Ya he pensado en quien debe reemplazarte... ¡Oh! ¡no te hagas ilusiones! ¡No te esfuerzes en encogerte de hombros, estás en un error al creerte necesario! Pagando bien, encontraré fácilmente quien valga tanto como tú...

Á Iván se le encendió la mirada.

—No os creo—contestó en ruso;—sabéis perfectamente que no sois amable, y sin embargo, os amo; aun cuando gastarais cien mil rublos, no conseguiríais que el que me reemplazara tuviese por valor de un kopeck de cariño hacia vuestra persona.

—¿Por qué hablas en ruso?—contestó el conde.—Ya sabes que te lo he prohibido. Por lo visto quieres que nadie más que yo comprenda las frases cariñosas que me diriges. ¡Ea, dilo gritando por los tejados, si así te agrada,

pero yo jamás he exigido que me amases: exijo solamente que me sirvas bien, y te aseguro que tu sustituto cuando su amo le diga: «Vé á buscar mi gorra que he dejado en el salón,» le contestará tranquilamente: «No soy ciego, señorito; la tenéis en el bolsillo.»

Iván miró atentamente á su amo, y la expresión de su rostro debió parecerle muy tranquilizadora, porque se sonrió.

—Mientras—dijo el conde—y en tanto que te conservo en tus funciones, aplicate á tenerme contento. Vete á reflexionar á tu habitación, y al cabo de un cuarto de hora traeme aquí al señorito. Tengo que hablar con él, y te permitiré escuchar, si te place.

En cuanto se hubo retirado Iván, Gilberto instó á M. Leminof para que diese por terminado aquel insignificante asunto.

—He castigado á Fritz—dijo—con una severidad tal vez extremada; vos mismo le habéis reprendido y amenazado; me declaro suficientemente satisfecho...

—Perdonad, perdonad... En todo esto Fritz no ha sido más que el instrumento. No sería justo que el verdadero culpable quedase impune.

—Á ese culpable, no me cuesta gran pena perdonarle—exclamó Gilberto con una vivacidad que no pudo dominar—¡es tan desgraciado!

M. Leminof clavó en Gilberto una mirada altanera y llena de enojo. Dió en silencio algunas vueltas por la habitación, con las manos cruzadas atrás; luégo, con el aire bondadoso de un príncipe absoluto que accede á algún capricho poco razonable de uno de sus favoritos, haciendo sentar á Gilberto en el sofá, y ocupando un asiento á su lado:

—Querido amigo—le dijo—las últimas palabras que acabáis de pronunciar muestran por vuestra parte singular olvido de nuestro recíproco convenio. Recordad que aceptasteis la condición de no ocuparos aquí más que de mí y

de vos. Fuera de esto, ¿qué os importa que mi hijo sea feliz ó desgraciado? Sin embargo, puesto que habéis suscitado este asunto, consiento en daros una explicación, pero con la condición expresa de que jamás, nunca jamás, volveréis á ponerla sobre el tapete. Ya comprendéis bien que si vuestra sociedad me es agradable, es porque tengo el placer de olvidar á vuestro lado los disgustillos de la vida doméstica. Ahora, hablad con franqueza, y decidme, ¿qué os hace pensar que mi hijo es desgraciado?

Gilberto tenía á este propósito mil cosas que replicar, pero era bastante difícil decirlas. Por lo tanto, titubeó un momento en contestar, y anticipándose el conde:

—Voy á salir al encuentro de vuestras acusaciones; es una condescendencia de la que me atrevo á esperar que quedaréis agradecido. Tal vez me echaréis en cara que no demuestro bastante cariño á mi hijo en nuestra vida habitual. ¿Qué queréis? Los Leminof no son cariñosos. Yo, por mi parte, no recuerdo haber recibido de mi padre la más insignificante caricia. Le ví alguna vez halagar con la mano á sus perros de caza ó dar un terrón de azúcar á su caballo; pero os aseguro que jamás participé de sus halagos, ni me prodigó una sonrisa, y en la actualidad le doy las gracias. La educación que me dió, endureció mis fibras; el mayor servicio que un padre puede prestar á su hijo. La vida es una madrastra, querido Gilberto; ¡cuántas sonrisas habéis visto cruzar por sus labios de cobre!... Por otra parte, tengo razones particulares para no tratar á Esteban con demasiada blandura. Os parece desgraciado; lo sería para siempre si no me dedicara á disciplinar sus inclinaciones y á corregir la indocilidad de su carácter. Ese niño nació con mala estrella. Débil y violento á la vez, une pasiones muy ardientes á una deplorable puerilidad de espíritu; incapaz de todo pensamiento formal, las menores bagatelas le conmueven hasta producirle calentura, y dice muchachadas con todos los ademanes y gestos de la pasión. Lo peor es, que interesándose enormemente á sí propio,

hallaría muy natural que ese interés lo compartiera todo el mundo. No creáis que sea un corazón sensible que siente necesidad de expansiones. Procura ponerse en evidencia, y tomando sus impresiones por acontecimientos, aspira á ocupar con ellos hasta á los habitantes de la luna. Su alma es como un lago agitado por un viento tempestuoso que hiciese correr veinticinco millas por hora á un navío de línea; pero en ese lago, Esteban no hace navegar sino cáscaras de nuez, y las contempla cómo van y vienen y viran de bordo, cómo zozobran y cómo naufragan. Lleva su libro de guíndola con toda exactitud, registra pomposamente todos los naufragios, y como esos espectáculos le causan arrebatos de admiración, se indigna de no verlos compartidos por el mundo entero. Ved ahí lo que le hace desgraciado, y convendréis en que no es mía la culpa. El régimen que impongo á mi enfermo puede pareceros acaso un poco severo; pero es el único con que confío alcanzar su curación. Llevando una vida regular, uniforme y bastante triste, convengo en ello, se hartará poco á poco de sus propias emociones, cuyos objetos no se renuevan nunca, y acabará, así lo espero, por buscar distracciones en el estudio y en el trabajo. ¡Ojalá pueda descubrir un día que una proposición de Euclides es más interesante que el naufragio de un cascarón de nuez! Ese día entrará en convalecencia, y no seré el último en regocijarme.

M. Leminof hablaba con tanta seriedad y aplomo, que Gilberto estuvo á punto de ver en él á un pedagogo exponiendo gravemente sus máximas de educación; pero no podía olvidar la expresión de feroz alegría que se pintó en su semblante cuando Esteban huyó sollozando del jardín, y se acordaba también del sonámbulo que la noche precedente había proferido ciertas frases entrecortadas, entre las cuales destacábanse: *un retrato viviente* y *una sonrisa enterrada*. Estas palabras misteriosas, terribles por su oscuridad, le había parecido que se referían á Esteban, y se armonizaban mal con el aire de paternal solicitud que

M. Lemínof se dignaba afectar desde hacía pocos instantes. No obstante, había en su discurso cierta apariencia de razón, y el retrato que acababa de hacer de su hijo, si bien estaba cruelmente recargado, no dejaba de parecersele en más de un punto. Sólo que Gilberto tenía motivo para pensar que el conde confundía deliberadamente las causas y los efectos, y que la enfermedad de Esteban era obra del médico.

—¿Me permitís, caballero—contestó—que os diga lo que siento?

—Hablad, hablad, aprovechad la ocasión: os juro que no se volverá á presentar más...

Y mirando el reloj:

—Tenéis todavía cinco minutos para hablarme de mi hijo. Apresuraos; no os concederé dos segundos más.

—He oído decir—prosiguió Gilberto—que en cuestión de puentes y calzadas, los mejores diques son los que *halagan* las olas del mar. Son unos diques en talud inclinado que en lugar de romper bruscamente la corriente, amenguan por grados su movimiento y la reducen sin violentarla.

—¡Veo que sois aficionado á los anodinos, señor médico galénico!—exclamó M. Lemínof.—Cada cual tiene su temperamento, y ha de conformarse con él. Yo soy muy violento, muy arrebatado, y cuando, por ejemplo, un criado me falta, le tiro de cabeza por la escalera. Esto me sucede cada día.

—De vuestro hijo á vuestro ayuda de cámara, hay muchísima diferencia—contestó Gilberto algo picado.

—¿No proclamó vuestra famosa Revolución francesa la igualdad absoluta de todos los hombres?

—Ante la ley, lo concedo; pero no ante el corazón de un padre.

—¡Dios de bondad!—exclamó el conde—no sé si tengo para mi hijo el corazón de un padre, sólo sé que me preocupa mucho su suerte y que trabajo, según mis fuerzas, á

fin de corregirle de defectos muy graves que amenazan comprometer su porvenir. Sé también, de ciencia cierta, que ese quejumbón goza de ciertas distracciones de que muchos jóvenes de su edad se ven privados; por ejemplo: tiene un criado destinado exclusivamente á su servicio, un caballo, y tanto dinero como quiere para sus gastos menores. No ignoráis el uso que ha hecho de ese dinero, ni los dos thalers gastados ayer para sobornar á mi ayuda de cámara, ni los siete escudos con que pagó el otro día, en vuestra presencia, según me ha contado Iván, el envidiable placer de hacerse besar el pié izquierdo por una cuadrilla de pilluelos. Y á propósito, os diré también que Iván me contó que ese mismo día Esteban se remangó uno de los brazos para haceros admirar una cicatriz que tenía en la muñeca. Hacedme el favor de decirme qué farsa os contó sobre el particular...

Esta pregunta inesperada turbó algún tanto á Gilberto:

—Sin ocultaros nada—contestó balbuceando—me dijo, que, por una escapatoria que había hecho, le habían condenado á pasar quince días maniatado en un subterráneo.

—¡Y le disteis crédito!—exclamó el conde encogiéndose de hombros.—La verdad es, que durante una quincena he obligado á mi hijo á pasar cada noche una hora en una sala deshabitada de este castillo; mi intención era menos castigarle por un acto de insubordinación que curarle de los necios terrores de que se ve atormentado, porque ese niño de diez y seis años, que á veces se muestra bravo hasta la temeridad, cree en los espectros, en las apariciones, en los vampiros, y me he visto precisado á autorizarle á que tenga en su compañía á mi más fiero bulldog durante la noche, para que le guarde. ¡Vaya qué raro personaje me ha dado Dios por hijo!

En este momento, se oyeron pasos en el corredor.

—En nombre de la buena amistad que me mostráis, caballero—exclamó Gilberto apoderándose de una de las manos de M. Lemínof—os suplico que no castigéis á ese.

joven por una diablura que le perdono 'de todo corazón!

—No puedo negaros nada, querido Gilberto—contestó con aire risueño;—le hago gracia de las supuestas esposas. Me atrevo á esperar que me lo tendréis en cuenta.

—Mil gracias; pero aún hay más: las flores de que le privasteis...

—¡Dios mío! puesto que así lo queréis, le devolveremos sus flores, y para complaceros, me contentaré con que os pida perdón en toda regla.

—¡Que me pida perdón!—exclamó Gilberto consternado;—¡ese será para él el mayor suplicio!

—Lo dejaremos á su elección—dijo secamente el conde.

Y como Gilberto insistiera:

—¡Por esta vez, pedís demasiado!—añadió en un tono que no admitía réplica.—Es cuestión de principios y sobre esos no transijo.

Gilberto comprendió que en interés del mismo Esteban, debía desistir; pero comprendió también hasta qué punto iba á padecer el orgullo del joven, y se maldijo mil veces por haber hablado.

Llamaron á la puerta.

—¡Entrad!—gritó el conde con ronco acento; y Esteban se presentó seguido de Iván.



## XI

ESTEBAN se quedó en pié en medio del aposento. Estaba más pálido que de costumbre y tenía los ojos bajos; pero su apostura era digna y afectaba un aire de resolución excepcional en presencia de su padre. El conde permaneció silencioso unos momentos, contemplando con dura mirada el cuerpo esbelto y delicado de su hijo, su talle de exquisita elegancia, sus facciones finas y delicadas á las que servía de marco su cabellera de color rubio-oscuro. Jamás la belleza de su hijo había llenado el corazón de aquel padre de mayor amargura. En cuanto á Gilberto, no tenía ojos sino para mirar una ligera mancha negra que acababa de percibir por vez primera en la tez mate y unida de Esteban: era como una mosca casi imperceptible colocada debajo de la comisura izquierda de la boca.

—Este es el lunar—pensó; y creía oír la voz del sonámbulo gritando en el silencio de la noche:

—¡Quitad ese lunar! ¡me hace daño!...

Estremeciéndose á este recuerdo, estuvo á punto de lanzarse fuera de la habitación, pero una mirada del conde